

AGLAVENA

Llamando con un sollozo.

Meleandro...

MELEANDRO

Cae sollozando sobre el lecho de Seliseta.

¡Seliseta!

FIN

ARIANA Y BARBA-AZUL

ó

LA LIBERACIÓN INÚTIL

CUENTO EN TRES ACTOS

PERSONAJES

BARBA AZUL
ARIANA
SELISETA
MELISANDA
IGRENA
BERENGUELA
ALADINA
NODRIZA

Aldeanos, la multitud.

La acción en un castillo de Barba Azul.

ACTO PRIMERO

Sala grande y suntuosa, dispuesta en hemicírculo, en el castillo de Barba Azul. Al fondo puerta grande. A cada lado de ésta, tres puertas pequeñas de ébano, con cerraduras y adornos de plata, cierran unas á modo de hornacinas en una columnata de mármol. Encima de estas puertas, pero en último término, seis ventanas monumentales, á las cuales se puede llegar, por los dos lados de la sala, por una escalera redondeada que conduce á una especie de balcón interior. Es de noche. Las arañas están encendidas, y las ventanas, abiertas. Fuera, es decir, detrás de los ventanas del fondo, una multitud agitada, que no se ve, pero que grita, tan pronto asustada como inquieta y amenazadora, y cuyos movimientos súbitos, cuyas pisadas y cuyos murmullos se oyen claramente. Desde los primeros compases del prelude el telón se levanta y se oyen inmediatamente, á través de la música, las voces de la multitud invisible.

VOCES DE LA MULTITUD

—¿La habéis visto en la carroza? —Todo el pueblo la esperaba. —¿Es hermosa? —Me ha mirado. —A mi también. —A mi también. —Está triste, pero sonreía. —Diriase que quiere á todo el mundo. —Nunca se ha visto mujer más hermosa. —¿De dónde viene? —De muy

lejos, para que no sepa lo que aquí la aguarda. —Han estado viajando treinta días. —Ahora él no puede vernos, gritemos para avisarla. *Todos juntos.* —¡No vayáis más adelante! —¡No entréis en el castillo! —¡No entréis, porque es la muerte! *Voces aisladas.* —No comprenderá. —Dicen que la vienen siguiendo veinte hombres de su ciudad. —¿Por qué? —Porque la quieren. —Dicen que al salir ella lloraban por las calles. —¿Por qué ha venido? —Me han dicho que trae un proyecto. —¡A ésta no la matará. —No, no, es demasiado hermosa. —¡A ésta no la matará! —¡Ya vienen, ya vienen! —¿Dónde van? —Van á entrar por la puerta roja. —No, no veo antorchas en las avenidas. —Ya se ve la carroza entre los árboles. —El tiene miedo. —¡A ésta no la matará! —¡Está loco! ¡Uh! ¡Uh! —¡Basta, basta! ¡Esta es la sexta! —¡Asesino! ¡Asesino! ¡Muera! ¡Muera! ¡Muera! —Hay que prender fuego. —Yo he traído mi hoz. —Yo he traído la horquilla grande. —Ya entra en el patio. —Vamos á ver. —¡Cuidado! —Las puertas están cerradas. —Esperémosles aquí. —Dicen que lo sabe todo. —¿Qué sabe? —Lo que yo sé también. —Pero ¿qué es? ¿Qué sabe? —Que todas no han muerto. —¿Que no han muerto? —¡Si las he enterrado yo! —Una noche al pasar oí que cantaban. —¡Yo también! —¡Yo también! —¡Dicen que se aparecen! —Este hombre atrae la desgracia. ¡Mirad! ¡Mirad! ¡Las ventanas se cierran!... Van á entrar. —Ya no se ve nada. —¡Muera! ¡Muera! ¡Muera!...

En este momento las seis ventanas monumentales que hay encima de las hornacinas de mármol se cierran por sí mismas, abogando poco á poco las voces de la multitud.

No se oye mas que un murmullo confuso que casi es el silencio. Poco después, por una puerta lateral entran en la sala Ariana y la Nodriza.

LA NODRIZA

¿Dónde estamos? Escuchad, murmuran. —Son los aldeanos. —Quisieran salvarnos. —Llenaban los caminos; no se atrevían á hablar, pero nos hacían señas para que volviésemos atrás. *Se acerca á la puerta grande del fondo.* Están detrás de la puerta. —Oigo aún hablar. —Intentemos abrir... Nos han dejado solas, acaso podamos huir... Ya os lo había dicho; está loco, es la muerte... Dicen que ha matado á cinco mujeres y es verdad...

ARIANA

No han muerto. —Allí, en nuestro país, hablaban de esto como de un misterio extraño. En aquel país lejano á que su amor salvaje, que, sin embargo, temblaba, vino á buscarme. —Allí lo sospechaba yo; pero aquí estoy segura... Me quiere, soy hermosa y le arrancaré su secreto. —En primer lugar, es preciso desobedecer; este es el primer deber cuando la orden es amenazadora y no se explica. —Las otras han hecho mal, y si se han perdido, es porque han vacilado. —Estamos en la galería que precede al salón en que su amor me espera. —Me ha dado estas llaves que abren los tesoros de los adornos nupciales. —Las seis llaves de plata están permitidas; pero la llave de oro está prohibida. Es la única que importa. —Tiro las otras seis y me quedo con la última.

Tira las llaves de plata, que resuenan al caer en las losas de mármol.

LA NODRIZA

Precipitándose á recogerlas.

¿Qué hacéis? Os había dado todos los tesoros que encierran...

ARIANA

Abre tú, si quieres. —Yo voy á buscar la puerta prohibida. —Abre las demás, si quieres; todo lo que está permitido no nos enseñará nada.

LA NODRIZA

Mirando en derredor de la sala.

Aquí están las puertas en el mármol. Tienen cerraduras de plata para decirnos que corresponden á las llaves. ¿Cuál abriré primero?

ARIANA

¿Qué importa? No están ahí sino para apartarnos de lo que es preciso saber. —Estoy buscando la séptima y no la encuentro...

LA NODRIZA

Probando las llaves sobre la primera puerta

¿Qué llave abrirá la primera? —¿Esta? —No. —¿Esta? —Tampoco. —¡Oh! La tercera entra y me arrastra la mano. Tened cuidado. Huid. Las dos hojas se animan

y se descorren como un velo. —¿Qué es esto? —Tened cuidado; granizo de fuego cae sobre mis manos y me da en la cara. —¡Oh!...

La nodriza da un salto hacia atrás, porque, mientras habla, las dos hojas de la puerta se deslizan introduciéndose en ranuras laterales, y desaparecen de pronto descubriendo un prodigioso amontonamiento de amatistas que cubren por completo el hueco. Entonces, como libertadas de una cárcel, salen joyas de todas las formas, pero de la misma substancia, collares, diademas, brazaletes, anillos, hebillas, cinturones, se derrumban en llamas violetas, que caen rebotando hasta el fondo de la sala, mientras, á medida que las primeras caen sobre el mármol, de todos los rincones de las bóvedas, que se han despertado, siguen cayendo otras, cada vez más numerosas y admirables, en medio de un ruido de pedrería viva que no se detiene.

LA NODRIZA

Deslumbrada, enloquecida, recogiendo las á manos llenas.

¡Cogedlas! ¡Inclinaos! ¡Recoged las más hermosas! Hay bastantes para adornar un reino, y siguen cayendo. —Me hieren las manos, se me enredan en los cabellos. —Ved estas admirables que descenden de la bóveda como violetas de milagro. ¡Púrpura, lila y malva! ¡Hundid en ellas los brazos, cubrid con ellas vuestra frente, yo llenaré mi manto!...

ARIANA

Son nobles amatistas. Abre la segunda puerta.

LA NODRIZA

¿La segunda? No me atrevo... Y, sin embargo, quisiera saber si... *Pone una llave en la cerradura. ¡Tened cuidado! ¡Ya da vuelta la llave! ¡Las hojas tienen alas, las paredes se desgarran! ¡Oh!*

La misma escena que en la primera puerta; pero esta vez es la acumulación, la irrupción y el deslumbramiento sonoro y azul de una lluvia de zafiros.

ARIANA

Son hermosos zafiros. Abre la tercera puerta.

LA NODRIZA

Esperad que vea, que coja los más hermosos. Se va á romper mi manto bajo el peso de este cielo azul. Mirad, desbordan, corren por todos lados. A la derecha un torrente violeta, á la izquierda un surtidor de azul...

ARIANA

Anda, nodriza, apresúrate; la ocasión de pescar es rara y fugitiva.

LA NODRIZA

Abre la tercera puerta. El mismo juego escénico; pero esta vez es el amontonamiento pálido y lechoso, más menudo, pero más innumerable de un diluvio de perlas.

Recojo un puñado para que acaricien á los zafiros.

ARIANA

Abre la cuarta.

LA NODRIZA

Abre la cuarta puerta. El mismo juego escénico. Desborda miento de esmeraldas.

¡Oh! Estas son más verdes que la primavera que nace á lo largo de los álamos, entre las gotas de rocío y el hermoso sol de mi aldea... *Sacudiendo su manto, del cual caen las amatistas, los zafiros y las perlas. ¡Idos vosotras! ¡Dejad sitio á las más hermosas! ¡He nacido bajo los árboles, á la claridad de las hojas!*

ARIANA

Abre la quinta puerta.

LA NODRIZA

¿Tampoco queréis de éstas? ¿Tampoco os gustan?

ARIANA

Lo que quiero es más hermoso que las piedras más hermosas.

LA NODRIZA

Abre la quinta puerta. El mismo juego escénico. Irrupción deslumbradora, incandescente, animada y cascada trágica de rubíes.

Estos son terribles, no los toco.

ARIANA

Ya nos acercamos al fin, porque esta es la amenaza.
Abre la última puerta.

LA NODRIZA

Es la última llave; si ya corre sangre bajo la puerta permitida, ¿qué horror está velando en el umbral prohibido?...

ARIANA

Abre pronto.

LA NODRIZA

Vacilando, abre la sexta puerta. El mismo juego escénico; pero esta vez la irradiación es intolerable. Cataratas de enormes y puros diamantes se precipitan en la sala; millones de chispas, de rayos, de fulgores, de irisaciones, se cruzan, se encuentran, se apagan, vuelven á encenderse, caen, se multiplican y estallan. Ariana, deslumbrada, da un grito de asombro. Se inclina, recoge una diadema, un collar, puñados de esplendores, que estallan, y se adorna al azar los cabellos, los brazos, la garganta y las manos.

ARIANA

Mientras hace resplandecer ante sus ojos, levantándolos en las manos, los diamantes que la iluminan.

¡Oh mis claros diamantes! No os buscaba, pero os saludó al encontraros en mi camino. ¡Inmortal rocío de luz! ¡Corred sobre mis manos, iluminad mis brazos, des-

lumbrad mi carne! Sois puros, infatigables, y no dormís nunca, y lo que se agita en vuestra lumbre, como pueblo de espíritus que va sembrando estrellas, es la pasión de la luz, que lo ha penetrado todo, que no descansa, que ya no tiene nada que vencer si no es á sí misma...! *Acercándose á la puerta abierta y mirando á la bóveda. ¡Lloved, lloved aún, entrañas del estío, hazañas de la luz y conciencia innumerable de las llamas! ¡Heriréis mis ojos sin cansar mis miradas!... Inclínándose más. Pero ¿qué veo, nodriza? Nodriza, ¿dónde estás? La lluvia magnífica se desgarrá y permanece suspendida sobre un arco que se ilumina con ella. Aquí está la séptima puerta, con sus goznes, sus barras y su cerradura de oro...*

LA NODRIZA

Venid, no la toquéis. Contened vuestras manos y vuestros ojos por temor de que se abra... Venid, ocultémonos... Después de los diamantes, no hay mas que la llama ó la muerte.

ARIANA

Si, retírate, nodriza; ocúltate detrás de esas columnas de mármol; quiero ir sola.

Entra bajo la bóveda, mete la llave en la cerradura; la puerta se divide y no aparece mas que una abertura llena de sombra; pero de las profundidades de la tierra se eleva un canto abogado y lejano que se esparce por la sala.

LA NODRIZA

Ariana, ¿qué hacéis? ¿Sois vos quien canta?

ARIANA

Escucha.

El canto ahogado.

*Las cinco hijas de Orlamunde
(el bada negra ha muerto);
las cinco hijas de Orlamunde
buscan las puertas...*

LA NODRIZA

Son las otras mujeres...

ARIANA

Si.

LA NODRIZA

Cerrad la puerta. El canto llena la sala y se esparce
por todas partes.

ARIANA

Queriendo cerrar la puerta.

No puedo...

El canto cada vez más sonoro.

*Han encendido sus cinco lámparas,
han abierto las torres,
han abierto cuatrocientas salas
sin encontrar la luz...*

LA NODRIZA

*¡Ya sube, ya aumenta! Cerremos la primera puerta...
Ayudadme... Intentan cerrar la puerta que ocultaba los dia-
mantes. No puedo.*

El canto más fuerte.

*Han abierto un pozo sonoro,
han bajado á él,
y sobre una puerta cerrada
encuentran una llave de oro...*

LA NODRIZA

Enloquecida, entrando también bajo la bóveda.

*¡Callad, callad! Van á perdernos; ahogamos esta voz.
Extiende su manto. Mi manto cubrirá la abertura...*

ARIANA

Ve escalones; voy á bajar adonde me llaman...

El canto cada vez más fuerte.

*Por las hendiduras ven el mar,
les da miedo morir
y llaman á la puerta cerrada
sin atreverse á abrir...*

*A las últimas palabras del canto, Barba Azul entra en la
sala, se detiene un instante y mira.*

BARBA AZUL

Acercándose.

¿También vos?...

Ariana se estremece, se vuelve, sale de la bóveda y, deslumbradora de diamantes, se adelanta hacia Barba Azul.

ARIANA

Yo más que nadie.

BARBA AZUL

Os creía más fuerte y más prudente que vuestras hermanas...

ARIANA

¿Cuánto tiempo han respetado la prohibición?...

BARBA AZUL

Unas algunos días, otras algunos meses; la última un año...

ARIANA

Esa es la única á quien se hubiera debido castigar.

BARBA AZUL

Bien poca cosa les pedía...

ARIANA

Les pediais más de lo que habiais dado.

BARBA AZUL

Perdeís la felicidad que he querido para vos...

ARIANA

La felicidad que yo quiero no puede vivir en la sombra.

BARBA AZUL

Renunciad á saber y podré perdonaros...

ARIANA

Acaso pueda perdonar cuando lo sepa todo.

BARBA AZUL

Cogiendo á Ariana por el brazo.

¡Venid!

ARIANA

¿Donde queréis que vaya?

BARBA AZUL

Donde yo os lleve.

ARIANA

No. Barba Azul intenta arrastrar por fuerza á Ariana, que da un largo grito de dolor. A este grito responde primero una especie de rumor sordo. La lucha entre Ariana y Barba Azul

continúa un instante, y la nodriza da gritos desesperados. De pronto, una piedra que tiran desde fuera, rompe una de las ventanas y se oye rugir y agitarse á la multitud. Otras piedras caen dentro de la sala. La nodriza corre á la puerta grande del fondo. Descorre los cerrojos y levanta las barras. Un brusco empujón desde fuera entreabre la puerta, y los aldeanos, furiosos, pero vacilantes, se agrupan en el umbral. Barba Azul, dejando á Ariana, saca la espada para prepararse á la lucha. Pero Ariana, tranquila, adelanta hacia la multitud. ¿Qué queréis? No me ha hecho ningún daño.

Aparta con suavidad á los aldeanos y vuelve á cerrar la puerta cuidadosamente, mientras Barba Azul, con los ojos bajos, mira la punta de su espada.

TELON

ACTO SEGUNDO

Al levantarse el telón, la escena, que después ha de iluminarse haciendo aparecer una inmensa sala subterránea cuyas bóvedas descansan sobre numerosos pilares, está sumida en obscuridad casi completa. En la extrema derecha, un extraño corredor abovedado desemboca en la sala subterránea hacia el primer término por una especie de abertura lateral ó de arcada informe. Aparecen en el fondo de este corredor, como si bajasen los últimos peldaños de una escalera, Ariana y la Nodriza. Ariana lleva una lámpara.

LA NODRIZA

¡Escuchad! ¡La puerta vuelve á cerrarse con un ruido terrible y las murallas tiemblan!... No me atrevo á seguir; aqui me quedo... No volveremos á ver la luz del día.

ARIANA

Adelante, adelante; no temas. Está herido, está vencido, pero aún lo ignora... Nos dará la libertad con lágrimas en los ojos; pero vale más librarse por si misma. Entretanto su ira me concede lo que su amor me negaba, y por fin vamos á saber lo que se oculta aqui.

Adelanta, llevando en alto la lámpara, hasta la arcada lateral del corredor; se inclina e intenta penetrar las tinieblas de la sala. Un objeto indistinto parece detener sus miradas. Se vuelve hacia la nodriza para llamarla. Ven... ¿Qué hay en el fondo de esta gruta? ¿Ves tú? No se mueve... Creo que están aquí, pero ya no viven... Entra en la sala que su lámpara va iluminando bóveda por bóveda. ¿Dónde estáis? Silencio. ¿Quiénes sois?

Una especie de estremecimiento temeroso y casi impalpable la responde; da un paso más; los rayos de la lámpara se proyectan más adelante y se ven, amontonadas en la sombras de la bóvedas más lejanas, cinco sombras de mujeres inmóviles.

ARIANA

Con la voz ahogada.

¡Están ahí, nodriza! ¿Dónde estás? La Nodriza se acerca, Ariana le da la lámpara y vacilando da algunos pasos hacia el grupo. ¡Hermanas mías!.. El grupo se estremece. ¡Viven! Aquí estoy. Corre hacia ellas con los brazos abiertos, las acaricia con sus manos inciertas, las besa, las abraza y vuelve á acariciarlas á tientas en una especie de embriaguez enternecida y convulsa, mientras la nodriza, con la lámpara en la mano, se queda un poco aparte. ¡Ah, os he encontrado! Están llenas de vida y de suavidad. Creí encontrar muertas, y beso llorando bocas adorables... ¿No habéis sufrido? ¡Oh, vuestros labios están fríos y vuestras mejillas se parecen á las de los niños!.. ¡Y he aquí vuestros brazos desnudos, que están flexibles y calientes, y vuestros pechos redondos, que viven bajo su velo!.. Pero ¿por qué tembláis? Beso estos

hombros, abrazo estas cinturas y no sé lo que toco; beso en derredor mio senos desnudos y bocas... ¡Y estos cabellos que os inundan!.. Debéis de ser muy hermosas... Mis brazos separan olas tibias, y mis manos se pierden entre rizos rebeldes... ¿Tenéis mil cabelleras?... ¿Son negras? ¿Son rubias?... No veo lo que hago; abrazo á todas, tomo vuestros brazos... ¡Ah, ésta es la más pequeña!.. No tiembles, no tiembles; te tengo entre mis brazos... Nodriza, nodriza, ¿qué haces ahí? Estoy aquí como una madre que busca á tientas, y mis hijas esperan la luz... La Nodriza se acerca con su lámpara y el grupo se ilumina. Las cautivas aparecen entonces vestidas de andrajos, con los cabellos en desorden, los rostros enflaquecidos y los ojos espantados y deslumbrados. Ariana, llena de asombro un instante, toma á su vez la lámpara para iluminarlas mejor y mirarlas más de cerca. ¡Oh, habéis sufrido!.. Mirando en derredor. ¡Y qué triste es vuestra prisión!.. ¡Caen sobre mis manos grandes gotas frías, y la llama de la lámpara se estremece á cada instantel... ¡Con qué ojos tan extraños me miráis!.. ¿Por qué retrocedéis cuando me acerco?... ¿Aún tenéis miedo?... ¿Cuál es la que quiere huir?... ¿No es la más joven esta á quien acabo de abrazar? ¿Os ha hecho daño mi largo beso de hermana?... Venid, venid. ¿Teméis la luz?... ¿Cómo se llama esta que vuelve?

DOS O TRES VOCES TEMEROSAS

Seliseta...

ARIANA

¿Seliseta, sonries?... Esta es la primera sonrisa que encuentro aquí. ¡Oh, tus ojos, tan grandes, vacilan

como si viesen la muerte, y, sin embargo, es la vida...! Y tus brazos desnudos tiemblan tan tristemente esperando al amor... Ven, ven; los míos esperan, pero no tiemblan. *Abrazándola.* ¿Cuántos días hace que estáis en esta tumba?...

SELISETA

No sabemos contar los días. Nos equivocamos á menudo. Pero creo que estoy aqui desde hace más de un año...

ARIANA

¿Cuál entró la primera?

IGRENA

Adelantándose, más pálida que las demás.

Yo.

ARIANA

¿Hace mucho tiempo que no habéis visto la luz?...

IGRENA

Mientras estuve llorando sola no abrí nunca los ojos...

SELISETA

Mirando fijamente á Ariana

¡Oh! ¡Qué hermosa sois! ¿Cómo ha podido castigaros como á nosotras? ¿También le habéis desobedecido?

ARIANA

He obedecido más pronto; pero á otras leyes que no son las suyas.

SELISETA

¿Por qué habéis bajado aqui?

ARIANA

Para libertaros á todas...

SELISETA

¡Oh! ¡Si, libertadnos!... Pero ¿qué vais á hacer?

ARIANA

No tenéis mas que seguirme. ¿Qué haciais aqui?

SELISETA

Llorábamos, cantábamos, rezábamos, y, además, esperábamos siempre...

ARIANA

¿Y no intentabais huir?

SELISETA

No era posible huir, porque todo está bien cerrado, y, además, está prohibido.

ARIANA

Eso lo veremos... Pero ¿cómo se llama esa que me mira á través de sus cabellos, que parecen rodearla de llamas inmóviles?

SELISETA

Melisanda.

ARIANA

Ven también, Melisanda. ¿Y esa cuyos grandes ojos siguen con avidez la luz de mi lámpara?

SELISETA

Berenguela.

ARIANA

¿Y la otra que se oculta detrás del pilar?

SELISETA

Esa ha venido de muy lejos; es la pobre Aladina.

ARIANA

¿Porqué dices la pobre?

SELISETA

Es la última que ha bajado y no habla nuestra lengua.

ARIANA

Alargando los brazos hacia Aladina.

¡Aladina! Aladina se acerca y la abraza ahogando un sollozo. Ya ves cómo yo hablo la suya cuando la abrazo así...

SELISETA

Todavía no ha dejado de llorar...

ARIANA

Mirando con asombro á Seliseta y á las otras mujeres.

¿Pero tú misma tampoco ríes aún? ¿Y las demás se callan? ¿Qué es esto? ¿Vais á vivir así siempre, aterrorizadas? Apenas sonreís, siguiendo todos mis movimientos con vuestros ojos incrédulos ¿No queréis creer mi buena nueva? ¿No echáis de menos la luz del día, los pájaros en los árboles y los grandes jardines verdes que florecen allá arriba? ¿No sabéis que estamos en primavera? Ayer por la mañana iba yo por los caminos; bebía rayos de sol, espacio, aurora... Nacían tantas flores bajo cada uno de mis pasos, que ya no sabía dónde poner los pies... ¿Habéis olvidado el sol, el rocío sobre las olas, la sonrisa del mar? Hace un momento sonreía como sonreí los días en que se siente feliz, y sus mil olas menudas me aprobaban cantando sobre playas de luz...

En este momento una de las gotas de agua que se filtran sin interrupción de lo alto de la bóveda cae sobre la llama de la lámpara que Ariana sostiene, volviéndose hacia la